

La revuelta tunecina y las turbulencias de la transición

Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita



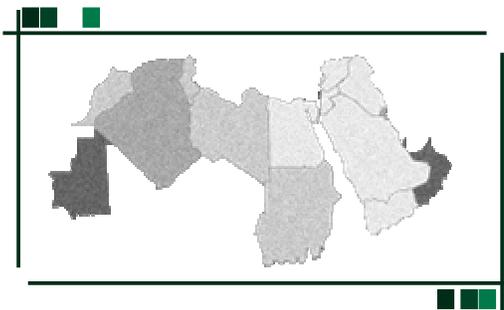
*Documento de trabajo n° 71, Buenos Aires,
diciembre de 2011*



Universidad
Externado
de Colombia

ceid

Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo



XXIII SIMPOSIO ELECTRÓNICO INTERNACIONAL MEDIO ORIENTE Y NORTE DE AFRICA

ESTADOS ALTERADOS Y LA GEOPOLÍTICA DE LA TRANSFORMACIÓN



7 DE NOVIEMBRE A 2 DE DICIEMBRE DE 2011

1

La revuelta tunecina y las turbulencias de la transición

Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita¹

1. Las revueltas árabes y el caso tunecino

En la actualidad, a principios de noviembre de 2011, el llamado proceso de las revueltas árabes vive un momento que podríamos llamar de detenida incertidumbre. Tras las primeras revoluciones, la tunecina y la egipcia, que en un tiempo relativamente breve consiguieron destituir a sus respectivos presidentes, asistimos al recrudecimiento de las protestas populares en Bahrein y la consiguiente intervención militar saudí y la opción del sistema monárquico en pro de la solución basada en los servicios de seguridad; nos vimos inmersos en la revuelta armada libia y la consiguiente intervención occidental –con el resultado ya conocido de la caída del régimen de Gadafi y el inicio de un periodo de transición–; vislumbramos la progresiva complicación del expediente yemení, con un ambiente de guerra civil en diversas regiones agravado por el regreso del presidente Abdulá Saleh y la polarización de posturas entre partidarios y detractores del régimen; una sensación de callejón sin salida al que parece encaminado también el activismo reformista en Siria, cuyo régimen, aun debilitado por las manifestaciones y las continuas deserciones en el ejército, mantiene las riendas del poder ante los movimientos contrapuestos de las potencias regionales e internacionales. Estos seis países componen la vanguardia de estas revueltas, de resultados dispares como puede verse. En el resto de

¹ *Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales, Universidad Autónoma de Madrid.*

estados árabes tenemos situaciones diversas: de un moderado reformismo "dirigido" en Marruecos, con reformas constitucionales incluidas, y el debate abierto entre la monarquía y la oposición en Jordania o las negociaciones entre los dirigentes mauritanos y los partidos, pasamos a la estrategia de cambios mínimos en la Península Arábiga y las propuestas de gratificación económica, sin mayores aperturas políticas más allá de medidas muy menores o la indefinición que parece haberse adueñado de la escena social en Argelia. En otros sitios, como Sudán, que viene de una secesión de los territorios meridionales y está desgarrado por varios conflictos bélicos en algunas regiones, además de la tensión continua entre el gobierno de Jartum y la República del Sur, el proceso de movilización popular, si es que ha llegado a existir en algún momento, está supeditado a la propia estabilidad de la región. Otro caso peculiar es el de Líbano, donde los condicionantes confesionales que presiden su organización institucional y política y la evidente resonancia de todo cuanto ocurre en Siria constituyen los rasgos principales de su siempre frágil identidad como nación.

Así las cosas, como decimos, resulta complicado aventurar la orientación del proceso reformista en el mundo árabe, una de las zonas geográficas del planeta más atrasadas en materia de derechos sociales y libertad de expresión y participación plural. Hablar de cambios de régimen y transformaciones profundas, en el sentido objetivo de "revolución", sólo sería pertinente, quizás, en el caso libio, donde la muerte de Muammar Gadafi y la desaparición o detención de la mayor parte de sus hijos y colaboradores han certificado el derrumbe absoluto del "a-sistema" de la Yamahiriyya. El conflicto armado, que según algunas estimaciones ha dejado cerca de 60 mil muertos y ha deparado la destrucción de numerosas ciudades e infraestructuras básicas y ha paralizado la industria petrolífera y sus recursos, básica para la economía nacional, ha marcado el proceso en su conjunto, atenazado por la implicación extranjera y las disputas domésticas entre los grupos de la oposición, perceptibles ya durante la contienda. Al contrario que Túnez o Egipto, donde el núcleo duro del sistema ha permanecido en pie y trata de readaptarse, o dirigir de manera subrepticia, el nuevo tiempo político, en Libia la identificación de un individuo y su entorno con el poder había sido determinante para eliminar cualquier atisbo de régimen más allá de la presencia de aquellos. Esto es, por necesidad, la caída del máximo dirigente había de conllevar la defunción del sistema en su conjunto. No fue así, como decimos, en sus dos estados vecinos del oeste y el este: expulsados del mando los presidentes Zein al-Abidin ben Ali y Husni Mubarak, se hizo notoria la fortaleza del régimen que ambos habían cimentado y controlado durante décadas a través de partidos y una red tupida de vínculos clientelares e intereses comerciales y empresariales, además de alianzas con entidades y personalidades extranjeras.

No es nuestro objetivo aquí hacer una valoración general de las revueltas árabes ni establecer paralelismos entre unas y otras pero sí enmarcar en su contexto general el caso particular de Túnez. Los tunecinos fueron los primeros a la hora de organizarse contra su régimen y también los pioneros a la hora de conducir el país hacia un proceso de transición que, habida cuenta de la degradación que están sufriendo las revueltas y agitaciones populares en su entorno árabe, se convierte en una señal de referencia. Por supuesto, no queremos decir con esto que los cambios en el país magrebí hayan adquirido la naturaleza y el desarrollo que los propios tunecinos hubieran deseado ni que las fuerzas reacias a una verdadera democratización del país no sigan disfrutando de numerosas bazas y mecanismos de reacción. Pero sí que la celebración de las recientes elecciones legislativas y el evidente contraste, en cuanto a libertad de expresión y asociación, con la cerrazón de la dictadura extinta, permiten cierto optimismo sobre el futuro de esta transición y su influencia positiva en el conjunto de las sociedades árabes. Por ello, conviene hacer una exposición general de la llamada Revolución de los Jazmines y, a continuación, establecer una serie de hipótesis sobre su posible singladura.

2. Las dificultades inherentes a todo proceso de transición

Casi un año después del inicio de la primera gran revuelta, la tunecina, nos hallamos ante un momento crucial en el marco de las llamadas revueltas populares árabes. Un *momentum* que señala la tenue franja que sirve de separación entre el éxito de las grandes empresas y su más contundente fracaso. No es tiempo de pesimismo –pues la irrefrenable voluntad de cambio de la población árabe sigue llamando a un fundamentado optimismo– pero la fortaleza de un buen número de factores "contrarrevolucionarios", internos y externos, obligan a temer por la recta singladura del proceso en su conjunto. Bien porque no logren su principal objetivo, a saber, el derrocamiento de regímenes represivos y la instauración de sistemas políticos abiertos y multipartidistas, bien porque tal objetivo se termine verificando sólo a medias. Esto es, se acaba con la cabeza visible del viejo régimen pero éste mantiene su fuerza; o, peor, el país queda sumido en una enquistada guerra civil; o se produce una intervención extranjera de consecuencias imprevistas; o, con toda sencillez, el nuevo gobierno es tan intolerante y corrupto como el anterior.

Quizás sea Libia el capítulo que compendie con mayor elocuencia las líneas maestras de este atribulado guión. La caída del dictador Muammar Gadafi, al que por supuesto esperamos que sigan todos los demás regímenes corruptos y autoritarios, desde Marruecos

a Siria y Arabia Saudí –sobre todo esta última, origen de muchos de los males de atraso y malgobierno del orbe islámico junto con su *alter ego* iraní-, ha dado paso a un sinfín de interrogantes sobre el futuro del país. Dejando a un lado la factura de la implicación aérea de la OTÁN y los notorios intereses económicos de las potencias europeas y estadounidense, el principal interrogante de la nueva Libia es saber cómo se va a articular la estructura de mando y hasta qué punto existe un verdadero compromiso en pro de la democracia y la defensa de los derechos humanos. Con independencia del cariz islamista o laico de quienes se presentan como candidatos principales a la cadena de mando, y dejando a un lado las peculiaridades tribales y regionales libias-, la dinámica actual en este país norteafricano no se diferencia en demasía de la de sus vecinos egipcios y tunecinos, protagonistas de las tres revueltas árabes que han conseguido por ahora derribar a sus máximos líderes políticos². Lo que se dirime en este preciso instante es qué Libia, Egipto o Túnez queremos y hasta qué punto es factible un verdadero cambio político y una erradicación total de los regímenes anteriores. Antes hemos dado a entender que en el caso libio, por fuerza, tenía que producirse una alteración radical en el caso de caer Gadafi y su entramado de colaboradores. Hay que matizar, no obstante, que una porción considerable de los líderes libios actuales y de quienes organizaron la contienda militar pertenecieron en algún momento u otro, en algunos casos hasta poco tiempo después de iniciado el alzamiento el 17 de febrero, a la nomenclatura de la Yamahiriyya. No en vano, en Trípoli, Tunicia o El Cairo, vemos que quienes parecen dirigir el proceso transitorio desempeñaron, en muchos casos, tareas de trascendencia en los periodos anteriores. Y que el triunfo de una transformación efectiva que redunde en beneficio del país pasará por la neutralización de los elementos afines a ese régimen que no ha llegado a desaparecer a

² De entre los casos más “calientes”, digamos que las revueltas populares son ya generalizadas en Siria y que la situación en Bahréin, testigo de una intervención militar regional, predominantemente saudí, para apoyar a la monarquía frente a las movilizaciones de la oposición. Las reivindicaciones en pro de un sistema libre y plural se mantienen en reinos como el de Marruecos y Jordania pero, sin duda, el caso más delicado lo compone Yemen. A finales de octubre de 2011, cuando se escribió este artículo, el presidente yemení había regresado ya de un hospital de Arabia Saudí adonde había ido a sanar las heridas producidas por un atentado de autoría incierta, antes del verano. Saleh, que había afirmado su disposición a aceptar los términos de la llamada Iniciativa del Golfo –traspaso de poderes al vicepresidente y celebración de elecciones multipartidistas previas garantías de inmunidad para él y su familia- parece haber optado ahora por una escalada de tensión y una estrategia de “río revuelto” en el que aparecer, ante Estados Unidos y Arabia Saudí principalmente, como único garante de la estabilidad del país. Los enfrentamientos armados entre tropas leales a Saleh y milicias tribales y facciones del ejército contrarias a su gobierno se han extendido por varias regiones y las concentraciones que exigen su dimisión irrevocable se mantienen. El enquistamiento de la crisis yemení constituye un exponente más del confuso devenir de las revueltas árabes.

pesar de la expulsión de los individuos que estaban a la cabeza de los mismos.

Por supuesto, todos los procesos de transferencia de un modo de gobierno despótico y autoritario a otro con separación de poderes, elecciones periódicas y libertad de prensa y opinión garantizada por la ley resultan problemáticos y plenos de escollos de todo tipo. Asimismo, no han de faltar los sectores internos empeñados en provocar el colapso de la empresa reformista y justificar el retorno al estado de cosas anterior. Del mismo modo, las presiones centrípetas procedentes del exterior y el intento extranjero, sobre todo en ámbitos geográficos marcados por las rivalidades territoriales enconadas, de influir en el curso de los acontecimientos, pueden marcar el desarrollo de más de un proceso de transición. En España y América Latina sabemos muy bien de este tipo de dificultades y obstáculos, en especial los domésticos: no en vano hemos vivido momentos de máxima tensión, con intentonas de golpe de estado protagonizados según los casos por partidarios del régimen anterior, y situaciones ciertamente críticas en las que más de uno llegó a pensar que "esto se nos viene abajo". En el caso español, en concreto, el clima de confrontación y conflictividad que marcó la primera etapa de la transición, desde la muerte del dictador Franco en 1975 hasta el intento de golpe de estado en 1981, mantuvo al país en un estado de tensión permanente. No fue, en efecto, una transición fluida ni sencilla a pesar de que el régimen franquista había pactado una etapa de entrega de poderes ceñido a un guión que respetara los intereses vitales de aquél; todo ello bajo la férula de un organigrama monárquico cuya implantación no fue producto de un consenso popular sino de una designación consensuada antes del derrumbe del franquismo. Las personalidades e instituciones, organismos e "instancias" del viejo régimen, muchas de ellas diluidas en nuevos entes, negociaron con insistencia el mantenimiento de una serie de garantías y prebendas, incluidas las inevitables líneas rojas que el nuevo orden no debería alterar bajo ningún concepto. Y cabe concluir, a la vista del desarrollo posterior de los acontecimientos, que los sectores inmovilistas lograron garantizar unas pautas que, como poco, no resultaran radicalmente transgresoras.

3. El flujo y el reflujo tunecinos

El tunecino ha sido, insistimos, el movimiento social pionero a la hora de entablar la revuelta y, también, de enfrentarse a las estratagemas de los antiguos socios y colaboradores del Zein al-Abidin Ben Ali, huido del país desde el 14 de enero de 2011. La labor de erosión llevada a cabo por este último desde su ascenso a la presidencia en 1987 deparó el exilio o encarcelamiento de cualquier

opción política crítica y la emigración forzosa de decenas de miles de profesionales y cuadros bien formados capaces de componer una estructura interna alternativa al poder. El sistema de Ben Ali se había estructurado en torno a unos servicios de policía e inteligencia omnipresentes y, para nuestra vergüenza como europeos, la connivencia de unos gobiernos occidentales codiciosos e hipócritas, primeros beneficiarios de las facilidades económicas y empresariales otorgadas por su "amigo" –como *amigo* llegaron a ser también Husni Mubarak, el propio Muammar Gadafi y, aun hoy en día, numerosos déspotas africanos y del Golfo-. Tan lucrativa resultaba la solícita disposición de Ben Ali en lo tocante a acuerdos de libre comercio y revisión de tasas y aranceles que los medios políticos y mediáticos europeos, salvo honrosas excepciones, terminaron creando la ficción del "Túnez estable y avanzado", siempre en vías de desarrollarse plenamente, incluso en el ámbito democrático. El cinismo europeo, que hacía oídos sordos a las denuncias de los grupos opositores tunecinos en el exilio y las organizaciones humanitarias sobre la tónica represiva del régimen de Ben Ali, favoreció que éste terminara forjando un régimen autónomo, capaz de englobar y engullir al estado como tal y ligar todos los estamentos y círculos de influencia a la lógica de alianzas e intereses del clan hegemónico. Una estructura inaccesible para una sociedad desprovista de vías y canales de expresión y organización, marginada por completo de esta noria elitista de poder.

Habida cuenta de la arbitrariedad y plena desinhibición con la que se comportaba el régimen tunecino, sostenido en el interior por la férula de sus servicios de seguridad y amparado en el exterior por los parabienes europeos y estadounidenses, a propios y extraños sorprendió el triunfo, en un tiempo muy breve además, de la revuelta popular. Por supuesto, no falta hoy quien se atribuya, en este artículo o aquel libro, haber "pronosticado" la convulsión social tunecina y, de rebote, la llamada "primavera" de la libertad árabe³; mas, en el caso de que tales dotes proféticas puedan ser contrastadas de forma fehaciente, cosa que dudamos en la mayor parte de los casos, resulta innegable que *casi* todo el mundo, incluidos los propios tunecinos, asistió a la enorme transformación sufrida por Túnez en tan sólo un mes y medio con no poca perplejidad. No cabe duda de que la actitud del ejército, el cual se negó a reprimir las revueltas cuando éstas devinieron en multitudinarias y generalizadas por todo el país, resultó

³ Por supuesto, casi todos predecían que "algo debía pasar". A la represión y la inacción políticas se unían la crisis económica y la impopular política exterior de los regímenes; pero nadie podía pensar que Túnez sería el primer ejemplo. Así, la percepción era generalizada, como la del ministro de Exteriores turco –"sabíamos que esto iba a pasar hace ya diez años"-. (Entrevista concedida por Ahmet Davut Oglü a la revista *Der Spiegel*, 14 de junio de 2011, recogida en <http://www.alwatanvoice.com/arabic/news/2011/06/15/179158.html> , acceso del 15 de junio de 2011. Ahora bien, que el detonante iba a ser Túnez...

determinante, si bien la neutralidad de los militares dejó al descubierto una evidencia que casi nadie había alcanzado e percibir: el régimen tunecino, como el resto de sus similares árabes, adolecía de tantos vicios y carencias que bastaba un simple movimiento de protesta generalizado y una presión popular constante para derribarlo. La violencia, las humillaciones en cárceles, calles y edificios públicos, la censura y la manipulación informativas, lejos de expresar fuerza y autoconfianza, denotaban una debilidad e inseguridad extremas en la persona del presidente y su círculo más íntimo. De ahí la exclamación atónita de tantos y tantos tunecinos: ¡Somos nosotros los que le hemos dejado obrar a su antojo durante todo este tiempo!⁴

Por ello no exageramos si decimos que forzar la huida de Ben Ali, exiliado en la dictatorial Arabia Saudí ha sido más sencillo que enfrentarse a las tendencias centrífugas del núcleo duro. La hidra se ha quedado sin cabeza pero sus tentáculos siguen aferrados a los pilares de la economía, la política y la seguridad tunecinas. Fue ese núcleo central y pétreo quien decidió sacrificar a Ben Ali en aras de la salvaguardia del sistema, para minimizar los daños y evitar males mayores antes de que fuera demasiado tarde. El ocaso de aquél y los círculos familiares, en especial los allegados de su mujer, los Trablusi, no ha sido una pérdida sin remisión: aquellos colaboradores, funcionarios de alto y medio rango y cargos del partido único que había regido el país durante décadas, se encargaron de asumir, sin necesidad de abandonar en todos los casos la comodidad de la sombra y anonimato que habían venido ocupando hasta entonces, las riendas del mando. Y a entorpecer, lentificar y adormecer el ímpetu de cambio radical de los sectores más vivaces de la revolución, los jóvenes en primer lugar, y alegar las consabidas necesidades en materia de estabilidad económica e institucional para tratar de justificar ora el aplazamiento de las elecciones legislativas y presidenciales ora la formación de un gobierno de transición con representantes de la oposición política y las agrupaciones

⁴ Por hablar de otro país árabe, Siria, digamos que esta sensación de desconcierto debe de ser generalizada tanto entre numerosos segmentos de la población como en las filas del mismo régimen del clan de los Asad. Los primeros, porque se han dado cuenta, por fin, de que el sistema criminal del Baaz no dispone de otro recurso de poder que el asesinato y la tortura y que sólo su miedo ha permitido la consagración de cincuenta años de represión. Los segundos, porque los remedios que les han valido durante décadas, el plomo y el hierro, ya no ejercen ningún efecto disuasorio. El régimen se enfrenta además a una disyuntiva paradójica: si se embarca con un mínimo de coherencia en un auténtico proceso reformista perderá su base de control, que es el autoritarismo y el monopolio de poder, abriendo además la puerta a un clima de crítica y revisionismo de sus políticas represivas que dejarán al descubierto sus carencias ideológicas y programáticas. Si, por el contrario, enfatiza la opción coercitiva, que es lo que está haciendo en la actualidad, obligará a que los países del entorno y las potencias internacionales se vean obligados a "hacer algo" en Siria, lo cual debilitará aún más su posición en el plano doméstico.

independientes surgidas al calor de las movilizaciones. Por lo pronto, alegando la necesidad de anteponer la estabilidad a cualquier otra consideración, las autoridades anunciaron el aplazamiento de las elecciones legislativas, programadas para julio de 2011, a finales de octubre de 2011⁵.

Sólo gracias a un gran esfuerzo y una agotadora función de militancia permanente los grupos más activos dentro de la revuelta tunecina han conseguido desactivar, en parte todavía, la estrategia oficial. Ésta se basa, por decirlo de una forma simple pero gráfica, por intentar hacer lo menos posible: abstenerse de introducir cambios significativos en la cúpula de los servicios de seguridad, enraizar el control sobre las empresas y sectores productivos estratégicos a través de personas de confianza, asegurar una relación directa con los gobiernos occidentales, sobre todo la Unión Europea, a través de diplomáticos de credenciales democráticas más bien febles... Al menos, las protestas populares dieron al traste con el primer gobierno transitorio, el de Mohammed al-Gannuchi, que había sido ministro de Ben Ali y personaje relevante de su entorno. Se hizo lo propio con el intento de mantener un parlamento provisional, heredado del sistema precedente y presidido también por el que luego fue nombrado presidente interino, Fuad Mebaza y otros rostros conocidos, ministros incluidos, pertenecientes a la elite de burócratas y mandos perennes de la Agrupación Constitucional Democrática (ACD/el partido único que, llamado *Neo-Dustur* en tiempos de la presidencia de Habib Burguiba (1956-1987) adoptó esta denominación en 1988). Empero, el régimen no ha cejado en su empeño de colocar a personalidades afines en los puestos clave alegando que muchos de ellos no habían desempeñado una función directa en la labor represiva y predatora del mandato de Ben Ali. De hecho, tanto Mebaza como al-Gannuchi o el primer ministro Beji Caid Essebsi, así como otro de los hombres fuertes del momento, Kamal Ltaief, estrecho colaborador de Ben Ali entre 1987 y 1992 y cercano hoy a Essebsi, han venido ocupando desde hace décadas puestos destacados en la administración pública tunecina, además de ostentar cargos en el partido hegemónico. Otro personaje, que de héroe de la revuelta por impedir la represión militar ha pasado a "sospechoso", el

⁵ Las autoridades transitorias de Túnez alegaron razones logísticas pero el propio primer ministro Beji Caid Essebsi reconoció que ni su gobierno ni varios partidos estaban de acuerdo con la recomendación del Comisión Electoral Nacional pero que terminaron acatándola. Véase: http://www.arabew.org/index.php?option=com_content&view=article&id=1429:---23---2011&catid=82:2009-01-01-12-47-37&Itemid=622 , (en árabe), publicado el 9 de junio de 2011, acceso del 14-09-2011. Es evidente que cinco meses no tienen por qué ser suficientes para garantizar la transparencia y libre acceso de los comicios pero los sectores críticos hablaban, también, de injerencias occidentales, para neutralizar en la medida de lo posible la popularidad de posibles formaciones de ideario inconveniente, y el propio interés de las elites tunecinas en canalizar un proceso afín a sus prioridades.

general Rachid Ammar, ha sido acusado por los grupos opositores de alentar en la sombra una conspiración política con la que poner coto a las reformas⁶. Ammar, jefe del Estado Mayor, sería acusado ya en septiembre de 2011 de provocar el estado de tensión permanente en el que vive sumido Túnez y fomentar una situación de incertidumbre generalizada con la que justificar, a posteriori, una regresión política⁷. La acusación, en este caso, procede de los servicios de seguridad, molestos por la prohibición impuesta a los policías de militar en sindicatos y las acusaciones de asesinato y tortura durante las revueltas, y no dejan de traslucir por tanto un intento de protegerse de posibles medidas punitivas; sin embargo, reflejan, de un modo u otro, las suspicacias existentes en amplios espectros sociales sobre la clase dirigente actual.

Todos estos triunfos parciales se han conseguido a costa de la concordia nacional y en perjuicio de la estabilidad económica y de seguridad ciudadana. Triunfos que han precisado de semanas: para provocar la disolución definitiva del ACD, la dimisión de varios ministros, incluidos el ya citado al-Gannuchi, la solicitud oficial a gobiernos europeos, el suizo mayormente, para la devolución de los fondos robados por Ben Ali y su clan, para permitir la pluralidad de formaciones políticas, para constituir comisiones y organismos encargados de investigar los excesos de las fuerzas de seguridad... Aun así, pervive la sensación de que numerosos símbolos de la dictadura de Ben Ali se están librando de la justicia: alguno ha huido

⁶ En mayo, Farhat Rajhi, conocido jurista que había ocupado cargos relevantes en la judicatura tunecina, fue obligado por el primer ministro, Essebsi, a abandonar la jefatura del ministerio de Interior, que llevaba ocupando desde hacía semanas. Despechado, hizo unas resonantes declaraciones a través de las redes sociales en las que acusaba a Essebsi y al general Ammar de preparar una especie de golpe de estado para detener los cambios y evitar, entre otras cosas, un hipotético triunfo de los islamistas del partido *al-Nahda* en las elecciones

(Véanse las declaraciones en:

http://www.123people.ca/ext/frm?ti=person%20finder&search_term=kamel%20Itaief&search_country=CA&st=person%20finder&target_url=http%3A%2F%2Fwww.dailymotion.com%2Fvideo%2FxiK99x_farhat-rajhi-kamel-Itaief-eltaief-tunisie_news§ion=video&wrt_id=68 y un comentario en:

http://www.realites.com.tn/details_article.php?t=537&a=22874&temp=1&lang=&w=, acceso del 14-06-2011). Lo más llamativo era que la supuesta conspiración militar anti-islamista se había abordado, según recogía la prensa del país vecino basándose en el ministro denunciante, con los militares argelinos, expertos en la cuestión por otra parte tras su golpe contra el Frente Islámico de Salvación en 1991, en reunión con Ammar. Véase: <http://www.algeriachannel.net/?p=5704>, 8 de mayo de 2011, acceso del 14-09-2011.

Essebsi concedió una entrevista no menos tormentosa a la televisión tunecina en la que rechazó las acusaciones y lanzó un contraataque feroz contra su ex ministro, que a la sazón había pasado a ocuparse de la Comisión de Derechos Humanos (http://www.letemps.com.tn/pdf/1305010032_10052011-LETEMPS.pdf, acceso del 14-06-2011).

⁷ <http://www.france24.com/ar/node/716707>, 6 de septiembre de 2011, acceso del 06-09-2011.

incluso del país cuando se suponía que estaban bajo vigilancia mientras que los juicios de otros se posponen o se dilucidan con sentencias exculpatorias. Ben Ali fue juzgado en rebeldía en junio pasado y condenado a 35 años de cárcel, a la espera de otro por su responsabilidad en la muerte de decenas de personas durante las protestas, pero los más críticos piensan que en determinados asuntos, ajustar las cuentas a los responsables del régimen nefasto por ejemplo, se actúa con una celeridad que contrasta con la prudencia y cautela seguidas a la hora de confirmar los cambios políticos.

4. Las amenazas cernidas sobre la transición tunecina

Como hemos dicho antes, Túnez se halla inmerso en un periodo crítico. A la incertidumbre política debe sumarse el marasmo económico: las principales fuentes de ingresos, el turismo, la industria textil, la agricultura y las remesas de los trabajadores emigrados, se han colapsado. Las autoridades se refieren a la hipótesis de la quiebra y la merma de divisas y se invoca la ayuda financiera de donantes externos. Éstos, presididos por europeos y países del Golfo, han aprobado ayudas económicas, pero ya se sabe a qué precio y con qué requisitos suelen, sobre todo los occidentales, liberar sus aportaciones monetarias, las cuales no dejan de ser por lo general créditos interesados. Para empeorar las cosas, la guerra en Libia provocó el retorno de decenas de miles de ciudadanos al país, sin garantías ni compensaciones de ningún tipo. El flujo de *harraga*, personas que tratan de cruzar el Mediterráneo tras quemar sus células de identificación, ha ido aumentando a lo largo de los últimos meses y la conflictividad laboral, traducida en huelgas, marchas y encierros, se ha convertido en moneda corriente, adobada, en determinadas regiones, con conflictos tribales y enfrentamientos esporádicos entre sectores diversos de la población.

Pero el motivo más inquietante de fricción viene dado por lo que algunos han dado en llamar la confrontación entre laicos e islamistas. Esta confrontación está emergiendo en Libia hoy y va camino de enquistarse en Egipto. Las protestas de jóvenes "barbudos" en la capital por lo que consideran fobia anti-islamista del gobierno de Esesbi y una maniobra encaminada a arrumbar a los partidos religiosos, en especial a an-Nahda, dejaron numerosos heridos y al menos un muerto en julio pasado⁸. Las quejas de los islamistas se centran en el sesgo laicista que, a su parecer, ha adoptado el

8

Véase: http://www.elpais.com/articulo/internacional/Primera/muerte/Tunez/recrudeciminto/protestas/elpepuint/20110718elpepuint_7/Tes, 18 de julio de 2011, acceso del 14-09-2011.

gobierno transitorio en connivencia con numerosas fuerzas políticas; empero, comparte con el resto de sectores críticos la crítica de que los dirigentes provisionales tratan de generar una turbulencia social constante con la que justificar el inmovilismo. Y, por lo mismo, dudan de sus verdaderas aspiraciones democráticas. Se quiera o no, y a nosotros no nos agrada ni lo más mínimo, el islam político, con su amalgama de tendencias, representa la primera fuerza política en los tres países "revolucionarios" y la mayor parte del mundo islámico. Y cuenta con la simpatía de una porción significativa de la población, si bien las revueltas, en esencia, no fueron religiosas sino "cívicas", por utilizar una expresión con la que englobar todas las tendencias y percepciones de las sociedades locales. Otro elemento que contribuye a complicar el espectro del activismo islamista en Túnez es la presencia emergente de los sectores salafistas, con una agenda social retrógrada y un aparente desinterés por la participación en la acción política. En los últimos meses hemos asistido a manifestaciones y concentraciones convocadas por los salafistas tunecinos, derivadas en algunas ocasiones en disturbios y protestas airadas contra medios de comunicación acusados de propagar la indecencia y la relajación de los valores islámicos. No se trata sólo de un desafío al conjunto de la sociedad tunecina sino también a los propios partidos islamistas, tachados de posibilistas por su proclividad a la interacción en la arena política y sus programas de aceptación de las reglas democráticas. Este empuje salafista, por cierto, se ha podido apreciar en el proceso transitorio egipcio.

Con todo, las formaciones secularistas tienen motivos sobrados para sospechar, a su vez, que los islamistas, al menos un sector de entre ellos, tratan de utilizar la alternancia y el pluralismo para hacerse con el poder y proceder a una involución absolutista, en este caso de corte teocrático. Pero, y aquí es donde suelen caer en una celada tendida con astucia por lo que queda del régimen de Ben Ali, en lugar de poner el énfasis primero en la construcción de un estado robusto con división de poderes y una constitución plural e igualitaria, asegurando así la inviolabilidad del estado de derecho y la fortaleza de las instituciones, con las preceptivas garantías de salvaguardia, el debate se centra en cómo evitar la marea islamista. El problema, en esencia, no viene dado por la pujanza islamista sino por la manera de activar unos mecanismos de protección de la libertad de expresión y acción frente a amenazas restrictivas, del tipo que sean. Así, la prioridad de "parar los pies a los islamistas", subrayada por los visitantes europeos en sus reuniones privadas con los responsables del gobierno transitorio, no responde a las aspiraciones de los tunecinos ni a las premisas de su revuelta, fértil en sacrificios, esfuerzos y sufrimientos. Su gran anhelo era cambiar un sistema venal y férreamente pútrido y forjar otro plural, libre y transparente. Poner coto a la islamización no debería hacerse a través del acoso "preventivo" a formaciones supuestamente hostiles al juego

democrático sino por medio de la consolidación de este último y el fomento de una verdadera cultura del diálogo y la tolerancia, inexistente por desgracia en la mayor parte de los estados árabes durante décadas. Y para tal empresa hacen falta personas comprometidas con el cambio y dispuestas a asumir los retos de, permítanme la pomposa petulancia, la libertad; no círculos oscuros de poder cuya máxima aspiración consiste en hacer que las cosas cambien lo justo para que no cambien demasiado.

5. El triunfo islamista en las elecciones legislativas

12

El 23 de octubre se celebraron las legislativas que habían sido aplazadas con anterioridad. Con un alto grado de participación, el partido islamista de al-Nahda obtuvo más del 40% de los escaños, muy por delante del resto de las formaciones contendientes. Para los círculos islamistas, el triunfo del movimiento suponía la derrota de los programas secularistas en Túnez y la confirmación de que al-Nahda era la principal corriente política en el país desde hacía décadas⁹. El líder de esta, Rachid Gannuchi, insistió durante la campaña electoral en que el ideario de su partido no contravenía los postulados democráticos y ensalzó la experiencia del Partido de Justicia y Desarrollo en Turquía como modelo de agrupación islamista moderna y respetuosa para con los fundamentos del estado laico. A pesar de los temores de una parte de la sociedad tunecina y la cobertura informativa occidental, que habló de una involución islamista (o un secuestro incluso) de las primaveras árabes –no sólo por el triunfo de al-Nahda sino también por el empuje de los Hermanos Musulmanes en Egipto y el anuncio del Consejo Nacional de Transición libio de convertir la Sharía o Ley Islámica en fuente básica de legislación- los de al-Nahda dieron a conocer un programa con inexistentes indicios de un proyecto de república islámica y un respeto explícito a las normativas secularistas vigentes en Túnez, desde los derechos concedidos a la mujer hasta la no aplicación del código de familia o estatuto personal vigente en numerosos estados de mayoría islámica. Para ahondar en esta impresión, Ganuchi ofreció a dos partidos laicos participar en un gobierno de amplia base nacional y trabajar para hallar puentes de consenso entre todas las fuerzas políticas. Puede presuponerse, como hacen muchos, una agenda islamista oculta que persiga la consecución de objetivos no democráticos a través de las urnas y por medio de una cooptación progresiva de las instituciones y resortes de poder. Pero, como hemos avanzado con anterioridad, la solución habría de pasar por el robustecimiento de las garantías constitucionales, la separación práctica de poderes y el blindaje de las instituciones legislativas y ejecutivas. Está por ver, además, hasta

⁹ <http://www.tunisiealwasat.com/article-1425> , acceso del 1 de noviembre de 2011.

qué punto los remanentes del régimen permitirán el afianzamiento del sistema democrático si permanece el auge islamista; de todos modos, resulta evidente que los sectores que animaron la revuelta y han luchado durante todos estos meses por arrancar pasos determinantes en la senda democratizadora han apostado por el multipartidismo sin posturas previas sobre la identidad de los aspirantes en liza, siempre y cuando se cumpla un requisito básico de respeto a las normas del juego plurales. Desde luego, son los sectores verdaderamente comprometidos con el cambio real en Túnez quienes han permitido que las elecciones hayan tenido lugar ocho meses después de liberado el país de la "tiranía" de Ben Ali. Y su labor de vigilancia y presión debe permanecer para neutralizar las contraofensivas de lo que queda del régimen y las posibles veleidades involucionistas de formaciones como al-Nahda u otras que pudieran beneficiarse de la apertura política para imponer criterios exclusivistas. Por lo pronto, es una señal de madurez y vigor que habla bien, a pesar de todos los pesares, del proceso tunecino y su búsqueda de un camino propio. Todo ello hace de Túnez la referencia primera de la lucha política en el mundo árabe y la aptitud para encabezar un proceso de transición¹⁰.

6. A modo de colofón: protesta y reforma en el mundo árabe

Si salimos de Túnez, asistimos al desarrollo de movimientos de reforma en otros países árabes, cuyos parámetros y condicionantes socioeconómicos y geográficos son diversos. Dos casos similares son el marroquí y el jordano, monarquías tenidas en occidente no se sabe bien en virtud de qué extraña clasificación por pseudo democráticas. Al menos, las manifestaciones y actividades de los reformistas fueron toleradas en un primer momento y los reyes de ambas naciones, Mohammed VI y Abdulá, hablaron, en discursos televisados, de promover la democracia y parlamentos con amplias competencias. También señalaron la introducción de enmiendas en la constitución; empero, el *quid* sigue siendo, como en el común de los regímenes árabes, hasta qué punto están dispuestos los responsables jordanos y marroquíes a promover una verdadera democratización que pase por la restricción de los poderes absolutos de los monarcas. En Marruecos, al menos, parece que la paciencia con las asociaciones de jóvenes se está terminando y se está volviendo a los tiempos de la represión violenta de las manifestaciones. En Jordania, el conflictivo tejido social, con una mayoría palestina y la vecindad de elementos

¹⁰ Véase a este respecto el artículo de Santiago Alba Rico, "Primeros en la revolución, primeros en las urnas", en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=138072> , acceso del 2 de noviembre de 2011. Del mismo autor, en colaboración con José Daniel Fierro, tenemos también el libro *Túnez, la revolución*, Hondarribia, Editorial Hiru, 2011, colección de artículos y crónicas publicadas durante meses en la red.

siempre conflictivos como el bacteriológico régimen de Tel Aviv, el Iraq ocupado o la Siria en crisis, hacen que la cuestión adquiera matices geopolíticos de consecuencias difíciles de calibrar.

En fin, la reclamación de reformas es perceptible en la generalidad de los países árabes. En algunos, la censura, la represión y medidas económicas cosméticas, así como la incertidumbre ante lo que pueda ocurrir en otros estados de la zona, han impedido que vayan a más, caso de Arabia Saudí. En otros, como en Argelia, el régimen ha avanzado determinadas concesiones en el seno de una sociedad que, en cualquier caso, no ha olvidado aún los desastres de la guerra civil de los noventa. La composición peculiar de las sociedades del Golfo Árabe, con poblaciones extranjeras que exceden en Emiratos Árabes o Qatar el 70%, influye de manera palmaria en el grado de intensidad de las reclamaciones. La ocupación militar y el estado de catástrofe en que se encuentra la economía local, azotada por la corrupción y la ineficacia, hacen que las movilizaciones en Iraq, cada vez más insistentes a pesar del ejército estadounidense, el iraquí, las autoridades locales, árabes y kurdas, y los propios servicios de inteligencia iraníes, que ejercen una ocupación *de facto*, tan predatoria como la de EE.UU., tengan un componente de denuncia global, política, social, económica y militar. Algunos regímenes, como el sudanés, obsesionado también por aferrarse al poder cueste lo que cueste, parece dispuesto a solventar la tormenta reformista embarcándose en una nueva aventura militar con el Frente Popular de Liberación del Sur en la región de Kordofán y la zona de Abieí. No le ha bastado, para salvar sus privilegios y en especial la integridad del presidente Omar al-Bashir, renunciar a la franja meridional tras una guerra criminal y absurda que ha dejado millones de muertos y desplazados. Cuando se trata de aferrarse al trono ni las consignas de unidad nacional ni los sacrosantos valores de la patria –"¡jamás permitiremos la partición del país!"– desempeñan función alguna. En medio de tanta incertidumbre, la perspectiva incierta de Túnez representa, al menos, un motivo para la esperanza... a pesar de los peligros ciertos que la acechan.



Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo

15

INTERNATIONAL RESEARCH CENTER FOR DEVELOPMENT

*CENTRO DE ESTUDOS INTERNACIONAIS
PARA O DESENVOLVIMENTO*

*CENTRE D'ÉTUDES INTERNATIONALES
PAR LE DÉVELOPPEMENT*

*CENTRUM STUDIÓW MIĘDZYNARODOWYCH
NA RZECZ ROZWOJU*

국제 개발 연구소

Enviar correspondencia a:

**Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo - CEID
Av. Juan Bautista Alberdi 6043 8°
C1440AAL - Buenos Aires
Argentina**

**Telefax: (5411) 3535-5920
admin@ceid.edu.ar
www.ceid.edu.ar**
